

bre de 1873; cuando acababa de terminar el estudio del cuarto año de medicina, cuando era la admiración de los que leían sus inspirados cantos.

Las obras de Manuel Acuña serán aplaudidas y admiradas por las generaciones que nos sucedan, y el nombre del modesto autor del "Pasado," será el orgullo de la literatura de la patria.

A LA

## SOCIEDAD FILOIATRICA.

EN SU INSTALACION

¿Hasta cuando llegará el día  
en que se aprecie mas al hom-  
bre que enseña que al hom-  
bre que mata?

M. OCAMPO.

Sombras gigantes de Scipion y Ciro,  
De Cesar y Alejandro,  
No os alceis de la tumba á mis acentos;  
Que si es verdad que vuestra gloria admiro,  
Me espanta vuestra gloria resonando  
Entre ayes de dolor y entre lamentos.  
Yo no canto á vosotros, cuyos lauros  
En la sangre crecidos  
Respiran con el aire de la muerte;  
Yo no canto á vosotros los temidos,  
Los que formais las leyes con la espada  
Sin tener mas derecho que el del fuerte.  
Vuestros nombres sublimes

No hacen arder la sangre de mis venas,  
 Yo canto á Atenas enseñando á Roma.  
 No canto á Roma conquistando á Atenas.  
 Como el águila audaz que surca el viento  
 En pos de espacio que bastante sea  
 Para dar á sus alas movimiento,  
 Lo mismo mi alma cuando hallar desea  
 La luz de la poesía,  
 No busca sus raudales en la noche,  
 Sino en la aurora al despuntar el día;  
 Y al encontrar la llama indeficiente  
 De la verdad sagrada,  
 Mi pecho entonces se electriza y siente,  
 Y de mi lira tosca y olvidada,  
 Brotan cantares que sonar quisieran  
 Desde el nuevo hasta el viejo continente.

Era la sombra: entre su negro manto  
 Végetaban los hombres,  
 Nutriéndose con penas y con llanto,  
 Sin otra ciencia que sufrir humildes  
 Del infortunio las amargas leyes,  
 Y sin otros señores que verdugos  
 Con el pomposo título de reyes.  
 Esqueletos del cuerpo  
 Y esqueletos del alma,  
 Los séres como Dios, no eran entonces  
 El Adán pensador del primer día,

Sino siervos que ató con mano airada  
 A su carro triunfal la tiranía.  
 Mómias vivientes que al dejar el mundo  
 Para volver al hueco del hosario,  
 Legaban á sus hijos en recuerdo  
 La cícuta del Sócrates profundo  
 Y la sangre del Cristo del Calvario.  
 Y así pasaron siglos y mas siglos  
 Qué de su inmensa huella en la distancia  
 Solo dejaban sombras y vestiglos,  
 Vagando entre las nieblas  
 De la noche sin fin de la ignorancia.

Mas de pronto la luz del pensamiento  
 Iluminó vivífica y radiante  
 De la Santa Razon el firmamento,  
 Y Dios apareció, bello y gigante,  
 Haciendo despeñarse en el abismo  
 Al soplo de sus labios soberanos  
 El sangriento puñal de los tiranos  
 Y la máscara vil del fanatismo.

Entónces fué cuando la Europa via,  
 Tremula y espantada,  
 La macion ignorada  
 Que la voz de Colón le predecia,  
 Y á Franklin elevándose al espacio  
 De su génio atrevido tras la huella,  
 Para robar á la rojiza nube  
 El fuego aterrador de la centella.

Entónces fué cuando se alzó la ciencia,  
 Disipando las sombras  
 Que huyeron en tropel á su presencia;  
 Y entónces cuando México miraba  
 En la mansion maldita  
 Del crimen y del miedo,  
 En vez de la cadena y del levita  
 La figura grandiosa de Escobedo.  
 Y no tembleis al recordar la historia  
 Del lugar maldecido,  
 Donde el buitre feroz de la ignorancia  
 Ocultó sus polluelos y su nido;  
 No tembleis á la tétrica memoria  
 Del calabozo inmundo,  
 Repitiendo los últimos lamentos  
 Del mártir moribundo;  
 Ya está lavada de su impura mancha  
 La guarida del crímen,  
 Que hasta la infamia misma desaparece  
 Donde las huellas del saber se imprimen.  
 En vez de los verdugos,  
 Y del hirviente plomo y el veneno,  
 La medicina que consueta y sana,  
 Y los hijos de Herófilo y Galeno.

Sublime redencion, mision sublime  
 La del que sufre al consolar las penas,  
 La del que llora y gime

Al enjugar las lágrimas ajenas;  
 Mision de caridad y bienandanza,  
 Empezada por Cristo en el calvario,  
 Que redime y que canta en su santuario  
 Los himnos del amor y la esperanza.  
 Seguidla, pues, vosotros, que impasibles  
 Desafiáis á la muerte y los pesares;  
 Y si quereis que el mundo agradecido  
 Conserve vuestro nombre en la memoria, —  
 Y que os levante altares, —  
 Seguid vuestro sendero bendecido,  
 Que al fin de ese sendero está la gloria;  
 Y continuad sin dirigir la vista  
 Al éspinado y escabroso suelo,  
 Y si ansiáis la conquista  
 Del lauro inmarcesible de la fama, —  
 Elevad vuestros ojos hasta el cielo  
 Donde está quien os mira y quien os llama.  
 Y no penseis en la escarpada roca,  
 Ni en la espina punzante  
 Que atraviesa la planta que la toca;  
 No cejeis ni un instante  
 En vuestra noble y celestial carrera,  
 ¡Adelante . . . ¡Adelante . . . !  
 Aun está muy distante  
 La corona de rosas que os espera.

1868.

## LA BRISA.

(IMITACION.)

A mi querido amigo J. C. Fernandez.

Aliento de la mañana  
Que vas robando en tu vuelo  
La esencia pura y temprana  
Que la violeta lozana  
Despide en vapor al cielo:

Dime, soplo de la aurora  
Brisa inconstante y ligera,  
¿Vas por ventura á esta hora  
Al valle que te enamora  
Y que gimiendo te espera?

¿O vas acaso á los nidos  
De los jilgueros cantores  
Que en la espesura escondidos,  
Te aguardan medio adormidos  
Sobre sus lechos de flores?

¿O vas anunciando acaso  
Soplo del alba naciente,

Al murmurar de tu paso,  
Que el muerto sol del Ocaso  
Se alza ya niño en Oriente?

Recoje tus leves alas  
Brisa pura del estío,  
Que los perfumes que exhalas  
Vas robando entre las galas  
De las violetas del rio.

Deten tu fugaz carrera  
Sobre las risueñas flores  
De la loma y la pradera,  
Y ve á despertar ligera  
Al ángel de mis amores.

Y dila, brisa aromada  
Con tu murmullo sonoro,  
Que ella es mi ilusion dorada,  
Y que en mi pecho grabada  
Como á mi vida la adoro.

YA SE POR QUE ES.

DOLORA.

A ELMIRA.

—  
Era muy *niña* María,  
Todavía,  
Cuando me dijo una vez:  
—Oye, ¿porque se sonrien  
Las flores tan dulcemente  
Cuando las besa el ambiente  
Sobre su aromada tez?  
—Ya lo sabrás mas delante,  
Niña amante,  
La contesté yo . . . . despues!  
Y mas tarde, una mañana,  
La niña pura y hermosa  
Al entreabrirse una rosa,  
Me dijo: *¡Ya sé por qué es!*  
Y la graciosa criatura,  
Blanca y pura,  
Se ruborizó . . . . y despues,  
Ligera como las aves

Que cruzan por la campiña,  
Corrió hácia el bosque la niña  
Diciendo: *¡Ya sé por qué es!*  
Y yo la seguí jadeante,  
Palpitante  
De ternura y de interés,  
Y . . . . oí un beso dulce y blando,  
Y una voz despues del beso,  
Que fué á perderse en lo espeso,  
Diciendo: *¡Ya sé por qué es!*  
Era muy *jóven* María.  
Todavía,  
Cuando me dijo una vez:  
—Oye, ¿por qué la azucena  
Se abate y llora marchita  
Cuando el aura no la agita  
Ni besa su blanca tez?  
—Ya lo sabrás mas delante,  
Niña amante,  
La contesté yo . . . . despues!  
Y mas tarde ¡ay! una noche,  
La jóven de angustia llena,  
Al ver triste á una azucena,  
Me dijo: *¡Ya sé por qué es!*  
Y ahogando un suspiro ardiente,  
La inocente  
Me vió llorando . . . . y despues,  
Corrió al bosque, y en el bosque

Esperó mucho la bella,  
Y al fin . . . . se oyó una querella  
Diciendo: *¡Ya sé por qué es!*

Era muy linda María,  
Todavía,  
Cuando me dijo una vez:  
—Oye, ¿por que se sonríe  
El niño en la sepultura,  
Con nna risa tan pura,  
Con tan dulce sencillez?  
—Ya lo sabrás mas delante,

Niña amante,  
La contesté yo . . . . despues!  
Y . . . . murió la pobre niña,  
En vez de llorar, sonriendo,  
Y voló al azul, diciendo,  
Diciendo: *¡Ya sé por qué es!*

Ya lo ves, mi hermosa Elmira,  
Quien delira  
Sufre mucho, ya lo ves!  
Y así, ilusiones, mi encanto,  
Ni acaricies ni mantengas,  
Para que al llorar no tengas  
Que decir: *¡Ya sé por qué es!*

1868.

## YA VERAS.

DOLORA.

(IMITACION.)

—Goza, goza, niña pura,  
Mientras en la infancia estás;  
Goza, goza esa ventura  
Que dura lo que una rosa.  
—Qué, ¿tan poco es lo que dura?  
Ya verás, niña graciosa  
Ya verás.

Hoy es un verjel risueño  
La senda por donde vas;  
Pero mañana, mi dueño,  
Verás abrojos en ella.  
—Pues qué, ¿sus flores son sueño?  
—Sueño nada mas, mi bella,  
Ya verás.

Hoy el carmin y la grana  
Coloran tu linda faz;  
Pero ya verás mañana  
Que el llanto sobré ella corra . . . .  
—Qué, ¿los borra cuando mana?

— Ya verás como los borra,  
Ya verás.

Y goza, mi tierna Elmira,  
Mientras disfrutas de paz;  
Delira, niña, delira  
Con un amor que no existe,  
— Pues qué, ¿el amor es mentira?  
— Y una mentira muy triste,  
Ya verás.

Hoy ves la dicha delante  
Y ves la dicha detrás,  
Pero esa estrella brillante  
Vive y dura lo que el viento.  
— Que, ¿nada mas un instante?  
— Sí, nada mas un momento,  
Ya verás.

Y así, no llores, mi encanto,  
Que mas tarde llorarás;  
Mira que el pesar es tanto,  
Que hasta el llanto dura poco.  
— ¿Tampoco es eterno el llanto?  
— Tampoco, niña, tampoco,  
Ya verás.

1868.

## LA AUSENCIA Y EL OLVIDO.

DOLORA.

A LOLA.

Iba llorando la Ausencia,  
Con el semblante abatido,  
Cuando se encontró en presencia  
Del Olvido,  
Que al ver su faz marchitada,  
Sin colores,  
La dijo con voz turbada:  
— “Ya no llores, niña bella,  
Ya no llores,  
Que si tu contraria estrella  
Te oprime incansable y ruda,  
Yo te prometo mi ayuda  
Contra tu mal y contra ella.”  
Oyó la Ausencia llorando  
La propuesta cariñosa,  
Y los ojos enjugando  
Ruborosa,

—“Admito desde el momento,  
 Buen anciano,”  
 Le dijo con dulce acento,  
 “Admito lo que me ofreces  
     Y que en vano  
 He buscado tantas veces,  
 Yo que triste y sin ventura  
 La copa de la amargura  
 He apurado hasta las heces.”

Desde entonces, Lola bella,  
 Cariñoso y anhelante  
 Vive el Olvido con ella,  
     Siempre amante;  
 Y la Ausencia ya ni gime,  
     Ni doliente  
 Recuerda el mal que la oprime;  
 Que un amor ha concebido  
     Tan ardiente  
 Por el anciano querido,  
 Que si sus penas resiste,  
 Suspira y llora muy triste  
 Cuando la deja el Olvido.

1868.

## MENTIRAS DE LA EXISTENCIA.

DOLORA.

¡Qué triste es vivir soñando  
 Con un mundo que no existe!  
     Y qué triste  
 Ir viviendo y caminando,  
 Sin ver en nuestros delirios,  
 De la razón con los ojos,  
 Que si hay en la vida lirios,  
 Son muchos más los abrojos.

Nace el hombre, y al momento  
 Se lanza tras la esperanza,  
     Que no alcanza  
 Por que no se alcanza el viento;  
 Y corre, y corre, y no mira  
 Al ir en pos de la gloria,  
 Que es la gloria una mentira  
 Tan bella como ilusoria.



No ve al correr como loco  
 Tras la dicha y los amores,  
     Que son flores  
 Que duran poco, muy poco!  
 No ve cuando se entusiasma  
 Con la fortuna que anheia,  
 Que es la fortuna un fantasma  
 Que cuando se toca vuela.

Y que la vida es un sueño  
 Del que si al fin despertamos,  
     Encontramos,  
 El mayor placer pequeño,  
 Pues son tan fuertes los males  
 De la existencia en la senda,  
 Que corren allí á raudales  
 Las lágrimas en ofrenda.

Los goces nacen y mueren  
 Como puras azucenas,  
     Mas las penas  
 Viven siempre y siempre hieren:  
 Y cuando vuela la calma  
 Con las ilusiones bellas,  
 Su lugar dentro del alma  
 Queda ocupado por ellas.

Porque al volar los amores  
 Dejan una herida abierta  
     Que es la puerta  
 Por donde entran los dolores;  
 Sucediendo en la jornada  
 De nuestra azarosa vida,  
 Que es para el pesar "entrada"  
 Lo que para el bien "salida."

Y todos sufren y lloran  
 Sin que una queja profieran,  
     Porque esperan  
 Hallar la ilusion que adoran . . . .!  
 Y no mira el hombre triste  
 Cuando tras la dicha corre,  
 Que solo el dolor existe  
 Sin que haya bien que lo borre.

No ve que es un fátuo fuego  
 La pasion en que se abraza,  
     Luz que pasa  
 Como relámpago, luego;  
 Y no ve que los deseos  
 De su mente acalorada  
 No son sino devaneos,  
 No son mas que sombra, nada.

Que el amor es tan ligero  
 Cual la amistad que mancilla  
 Porque brilla  
 Solo á la luz del dinero;  
 Y no ve cuando se lanza  
 Loco tras de su creencia,  
 Que son *la fé y la esperanza*  
 Mentiras de la existencia.

1868.



## LA RAMERA.

A mi querido amigo Manuel Roa.

Humanidad pigmea,  
 Tú que proclamas la verdad y el Cristo.  
 Mintiendo caridad en cada idea:  
 Tú que, de orgullo el corazón beodo,  
 Por mirar á la altura  
 Te olvidas de que marchas sobre lodo:  
 Tú que diciendo *hermano*,  
 Escupes al gitano y al mendigo  
 Porque son un mendigo y un gitano;  
 Allí está esa mujer que gime y sufre  
 Con el dolor inmenso con que gimen  
 Los que cruzan sin fé por la existencia;  
 Escúpela también . . . ! anda . . . ! ¡no importa  
 Que tú hayas sido quien la hundió en el crimen,  
 Que tú hayas sido quien mató su creencia!

¡Pobre mujer, que abandonada y sola  
 Sobre el oscuro y negro precipicio,  
 En lugar de una mano que las salve  
 Siente una mano que la impele al vicio;